
Segundo Premio Letras – Premios Fundación Cari Filii 2013.

D. Antonio Wollstein Montes

MARÍA, ESTRELLA DE LA ESPERANZA

El segundo domingo de Pascua pudimos celebrar la Divina Misericordia, ese día envié a mis amigos una felicitación por mail que decía: “Alegrémonos con la Virgen María, Ella que se gozó en Dios porque Él tiene misericordia de cada uno de nosotros, de ti y de mí, de generación en generación” (Ref. Lc 1, 46-55) y yo soy testigo de ello.

Ese mismo día revolviendo en una desgastada caja encontré una tarjetita amarillenta fechada en 1976 en la que se ve unos pies ensangrentados de Cristo en la Cruz y debajo de ellos un vaso roto, con la leyenda: “Rompe tu vaso a sus pies”. Impresionante. Todo encajaba en mi corazón y mi memoria.

A todo esto se unió la Palabra de Jesús que resonaba en mi corazón y que me traspasaba:

- Antonio, ¿me amas más que estos?... ¿me amas más que estos?... ¿tú me amas? (Ref. Jn 21, 15-18)

Hay momentos que el Señor nos abre los oídos y somos capaces de escucharle. Yo lo hice en ese momento: Jesucristo me estaba diciendo que me amaba más que a nadie en el mundo, más que a su propia vida, que su amor es exclusivo, que soy único para Él, lo mismo que por cada mujer y hombre. Quedé desbordado por un amor que me saciaba de paz, me envolvía su ternura que estaba por encima de mis propias debilidades y sentimientos, sumergidos en el dolor por el pasado, Él curaba mis llagas, acariciaba mis cicatrices, me ungía con su perfume ¡qué más podía desear!... Jesús tenía y tiene sus ojos puestos en mí, fijos, como el Buen Pastor en su oveja malherida.

Me llamo Antonio, soy alcohólico, rehabilitado por amor de la Virgen María, tengo 57 años, nací en Madrid, estoy casado con M^a José y tenemos dos hijas, un yerno y un nieto pequeñín; junto con mi mujer somos tutores de mi hermana, ella es algo mayor que yo y es disminuida física y psíquica, soy maestro de alumnos con necesidades especiales, actualmente mi mujer y yo pertenecemos a un grupo eclesial que tiene el carisma de la familia; mis padres ya fallecieron. Esta es parte de mi historia, mejor dicho, de la historia de la inmensa bondad, de la gracia de Jesús en mi familia y en mí:

Mi madre murió de cáncer cuando yo tenía cinco años y mi hermana nueve. Nos quedamos solos, muy solos. A partir de ese momento toda cambiaría en mi vida, en nuestra vida. Mi padre nos llevó de Madrid a Valencia, a mi hermana a casa de los abuelos maternos y a mí a casa de unos tíos; así quedamos, sintiéndonos abandonados por nuestra madre y nuestro padre. Transcurridos unos dos años,

llegó nuestro padre a Valencia y nos dijo que se había casado de nuevo y que a la nueva mujer la teníamos que llamar madre y quererla como si lo fuera. El regreso a la casa de Madrid fue terrible, nuestro padre no era el mismo, ya no me contaba cuentos y parecía que le importaba más la nueva "mamá" (ahora conociendo su pasado comprendo que indudablemente él cayó en una gran depresión que le duró mientras vivió). La vida de mi hermana y mía fueron de mal en peor, la nueva "madre" cambió la decoración de la casa, quitó cortinas, etc.; lo hizo todo según su gusto, nosotros solo fuimos para ella unos rivales en el cariño de nuestro padre, secuestró nuestros recuerdos, con frecuencia nos maltrataba psicológicamente, insultaba, despreciaba e ignoraba. Nuestro padre nunca nos relató nada de nuestra madre, ella se convirtió en un vacío fuera y dentro del corazón. Para la impuesta "madre" solo importaban sus sobrinos y su familia, jamás tuvo una palabra amable hacia nosotros; mi hermana y yo no le contábamos nada a nuestro padre, pero él se daba cuenta algunas veces y su matrimonio empezó a hacer aguas. En casa todo eran gritos, lloros y nuestra madrastra volvía cada vez más su rabia contra nosotros.

Recuerdo de una forma especial que con ocho años escribía cartas a mi madre al Cielo, diciéndole que la quería y que la necesitábamos, esas misivas las lanzaba al viento queriendo pensar que ella las recogía. También en aquella época le rogaba a la Virgen María que fuera mi madre verdadera, ya que no tenía cerca a la mía, o por lo menos así lo sentía. Mi amor por la Virgen fue creciendo cada día pero al mismo tiempo tanto dolor y sufrimiento me iba endureciendo por dentro y el corazón se iba cargando de presión, así pasó mi adolescencia y juventud lleno de rencor y aparentando bondad. Era la forma de huir de una realidad que me oprimía.

En esta época cuando yo empezaba ya a tener problemas con la bebida, no era como los otros chicos, si bebía algo de alcohol me era muy difícil no continuar bebiendo.

Conocí a mi mujer, nos enamoramos y casamos. Yo tenía veinticinco años y M^a José veintitrés. Nunca tuvimos en cuenta los desaires de mi madrastra y la "ignorancia" de mi padre que ya no solo eran contra mi hermana y contra mí, sino también contra mi mujer. Nunca desistimos y no cortamos la relación, teniendo por nuestra parte actitud de reconciliación y sin tener en cuenta los desprecios...Mi corazón ya era de piedra con tanto dolor. Tuvimos a nuestras hijas que fueron un regalo del cielo y formamos una familia feliz.

Mi padre falleció cuando yo había cumplido cuarenta y cinco años y él ochenta y tres. Todo el dolor que se había ido acumulando estalló incontrolado tras su muerte, a escondidas comencé a beber con frecuencia, a tomar tranquilizantes para poder dormir, a fumar, cuando lo había dejado hacía bastantes años, me empecé a mentir a mí mismo y a mi familia. M^a José y nuestras hijas sufrieron mucho, muchísimo, además lo llevaron en secreto, y yo no era capaz de ver mi propia dependencia. Me fui hundiendo cada vez más y era incapaz de reconocerlo, había dejado de mirar a Dios, de rezarle a mi madre la Virgen María, (aunque Ella nunca se olvidó de mí) M^a José me llevó a médicos porque veía que no me encontraba bien, a los que yo disimulaba mi enfermedad. No aceptaba mi alcoholismo. Noches en las que no aparecía por casa, llantos de M^a José, súplicas, pero era sordo a todo lo que no fuera esperar el momento de beber, de anestesiar mi sufrimiento. Parecía que el infierno nos hubiera asaltado. Fallecido mi padre ya no había posibilidades de que él me demostrara su cariño. Mi madre me abandonó, él se había marchado. Yo seguía siendo el niño de cinco años que era tras la muerte de mi madre. Solo los que han pasado por tan tremendo trance del alcohol saben a lo que me refiero, y peor aún, arrastra en su caída a todos los de alrededor.

El 9 de noviembre de 2006, día de Nuestra Señora de la Almudena patrona de Madrid, volví ebrio, me acosté y al despertar seguía igual de borracho, M^a José lloraba angustiada, me asusté enormemente al ver que no sabía donde había estado ni lo que había hecho, que seguía igual de embriagado, y contemplaba a M^a José destrozada. Eso me llevó hasta lo más profundo de la amargura. De repente una luz inmensa me arrebató interiormente, en un segundo vi con claridad en lo que había convertido mi propia vida y descubrí un amor infinito que me amaba, todo el sufrimiento que yo había causado, vi el amor de M^a José, yo tampoco quería padecer más, quise salir de esa oscuridad que me ahogaba y mi corazón elevó su grito a lo Alto. Allí fui alcanzado por Dios, mi Dios.

Desde ese mismo instante mi vida cambió radicalmente, no volví a beber más, ni a fumar, ni a tomar tranquilizantes por mi cuenta, la Virgen no me había abandonado nunca, experimenté su dulzura maternal que nos llenó a toda la familia, corregí mi vida, comencé a ir a un grupo de alcohólicos, a un psiquiatra para que me curara mi depresión, a una psicóloga para reconstruir mi vida, elegí un director espiritual que me guiara en la fe. Fueron días duros y hermosos para mi mujer y para mí, días de perdón y gracia, de oración, Eucaristía y de volcarme en M^a José y en mis hijas y ellas en mí. El Magnificat se desgranaba en mí día a día, era la oración que constantemente recitaba y meditaba, brotaba de mi alma arrepentida. Pedí perdón a mis hijas, hablamos con ellas y también las hicimos participes de mi restauración y de nuestro amor conyugal. Peregrinamos a Medjugorje. Cambiamos de domicilio a otra casa en la que pusimos un letrero: "REINA DE LA PAZ".

Mi mujer y yo renovamos nuestro matrimonio - "He aquí, yo hago nuevas todas las cosas " (Apo.21:5) – La Virgen María fue entronizada en nuestra casa. Estudiamos juntos un máster en Matrimonio y Familia, preparándonos para ayudar a otros matrimonios, fuimos a evangelizar y a dar nuestro testimonio a Colombia y a parroquias de Madrid, actualmente acompañamos a matrimonios con dificultades, entramos en un grupo eclesial para compartir nuestra fe con otras familias, hace unos meses nos consagramos a Jesús por María. El Rosario es nuestro camino del día a día, no ha sido un itinerario corto ni fácil, sino de esfuerzo, comprensión y reconciliación. Soy muy, pero que muy feliz con M^a José y mi familia, doy gracias a Jesús y a la Virgen porque no merezco tanta dicha.

Fue en la noche más oscura cuando la estrella de María nos orientó el camino a seguir, nos lo iluminó con su sabiduría y misericordia, nos acompañó y sigue haciéndolo porque la oscuridad se torna resplandeciente en su presencia., Ella es nuestra esperanza que nos conduce hacia lo alto llevados de su mano, con los ojos puestos en Cristo.

Fue por Ella, María Estrella de nuestra Esperanza por lo que cambió nuestras vidas. Ahora cada día lo comenzamos con Ella. Cada noche la terminamos con Ella.

Fallecido mi padre, mi mujer y yo nos hicimos cargo de mi hermana, de la que somos tutores legales, procurando compensar en su vida tanto amor y dedicación que le faltó, tantas palabras de cariño que no tuvo.

Mi madrastra falleció hace unos pocos meses, después de morir mi padre la atendimos en su ancianidad en todo, sin tomar en consideración sus actos de menosprecio hacia nosotros. En sus últimos días pudimos acompañarla, cuidarla, besarla, perdonarla de corazón. Poner su vida en manos de Dios. El pasado está en manos de la misericordia de Jesús Resucitado y nosotros siempre en el Corazón Inmaculado de Santa María Madre del Amor y de la Esperanza.

Madre Virgen María.

Nunca nos has dejado solos ni a mi familia ni a mí.

Tú haces posible la misericordia de Dios hacia nosotros.

Tú la Madre del Hijo de Dios.

Tú nuestra Madre del Cielo.

El Corazón de Jesús late amoroso en el tuyo.

Tú, la que a pesar de las apariencias siempre esperas.

Eres nuestro camino de esperanza.

El mejor regalo de Jesús.

Tú la que siempre nos acompañas aquí en la Tierra,

y la que nos guiará hasta el Cielo Eterno,

presencia de Dios Trino y Vivo.

Hija obediente, Esposa enamorada y Madre abnegada.

Estrella en la oscuridad de la existencia,

contigo el pasado no obliga al presente,

y todo es posible.

No entenderíamos la vida sin ti.

Siempre con las manos extendidas a nuestras caídas.

Reina del reino del amor,

Luz hermosa, Luz divina.

Estrella de la Esperanza,

Te miro y me supera tanto amor. Madre querida.